

# 2° Encuentro Nacional de Gestión Cultural

*Diversidad, tradición e innovación  
en la gestión cultural*

*Tlaquepaque, Jalisco. Octubre 14 al 17, 2015*

## RETOS A LAS PRÁCTICAS CULTURALES EN LAS COMUNIDADES URBANAS

Dra. María de los Ángeles Moreno Macías



Ejercicio de cultura=escucha de las fuerzas/escucha de las diferencias. Ahora bien, la primera fuerza que puedo interrogar, interpelar, la que conozco de mí, incluso a través del señuelo de lo imaginario: la fuerza del deseo o, para ser más preciso la figura del fantasma.

*Roland Barthes*

Las palabras de Roland Barthes (2003) que he tomado como epígrafe, pueden sonar extrañas a quienes no están habituados a su pensamiento y, al mismo tiempo –por las buenas artes del inconsciente– podrían tener cierto significado. No intentaré desentrañar los sentidos que pueden provocar estas palabras, pero tampoco partiré de una falsa monosemia. Las tomaré –aunque no precisamente en la idea original de Barthes– como puntos de inflexión para pensar sobre las prácticas culturales en los espacios urbanos en los que, suponemos, nos encontramos con la comunidad.

El primer punto será el *deseo y el imaginario* de comunidad, particularmente como *comunidad urbana*. El segundo punto está dedicado a la *fuerza y la diferencia* para pensar las *prácticas culturales en las urbes*. La elección de estos puntos tiene como punto de partida un conjunto de resultados parciales de la investigación “Prácticas culturales y sentido comunitario de poblaciones en la zona sureste del DF”, misma que se realiza en el marco de un proyecto intersectorial entre la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) como sector académico, la Secretaría de Cultura del Distrito Federal como sector gubernamental y la Red Cultural Oriente como sector de la sociedad civil.

### ***Deseo e imaginario de comunidad.***

De acuerdo con el *Estado de la población mundial 2007* del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), actualmente más de la mitad de la población mundial vive en zonas urbanas y se considera que para el año 2030 serán casi 5000 millones de personas las que lo hagan. Esto representa –para efectos de

este Encuentro– que gran parte de las actividades de la promoción y la gestión cultural tienen lugar en las ciudades; de ahí, la importancia de establecer algunos puntos de referencia para pensar las implicaciones de lo cultural en la condición urbana y su tejido social.

En sí mismo, por sus características, el ámbito urbano representa –a la vez– un fértil campo de labor para la acción cultural y un medio agreste para la vinculación comunitaria. En este contraste adquiere relieve la pregunta por el hacer de la cultura en la conformación y transformación de los sentidos y las acciones relacionadas con lo que suele nombrarse como *tejido social*.

La reflexión sobre la ciudad y lo urbano es de larga data, marcada fuertemente por ideas que provienen de países que –en el argot económico-político actual– se identifican como “países centro”. En los planteamientos generales no hay grandes diferencias respecto a las concepciones de lo urbano; en cuestiones muy específicas –como es el tema de la gentrificación– si existen posturas distintivas en función de las características propias de la región o el país. Las referencias que aquí presentamos son del orden de lo general.

En 1938, Louis Wirth caracterizaba a la vida urbana por la relativa ausencia de relaciones personales íntimas –fuera del ámbito de lo familiar–, la fragmentación de las relaciones por sectores –que incluyen y excluyen–, el anonimato de las relaciones humanas que, además, son transitorias y superficiales. En las ciudades –señalaba el autor– se producen de manera simultánea la diversificación y la especialización; al mismo tiempo que se tiene contacto físico cercano, como en el caso de las muchedumbres, se establecen distancias en la relación social.

No se pone en duda la hegemonía del individualismo en las grandes ciudades –las que aún son tales– y en aquellas que rápidamente se han convertido en metrópolis o megalópolis. La exacerbación de lo individual como marca de lo urbano, nos lleva a anhelar la vida comunal como si en este anhelo se manifestara

un deseo primigenio, como si apareciera ahí un “origen a añorar o un destino a prefigurar” (Esposito, 2003: 23). Vinculante a este deseo, la producción imaginaria nos hace suspirar nostálgicamente por una experiencia que no conocemos en lo social ciudadano: el entendimiento signado por lo común, lo común como herencia cultural y lo común como fuerza constitutiva de lo cotidiano.

Los anhelos frustrados por lo común como sentido de vida, son uno de los soportes de las preocupaciones por el tejido social. La condena por su descomposición y el mandato de su restauración pasan por la idea de lo común y, desde ahí fracasan cuando las aspiraciones son magnánimas y colapsan ante una conformación de lo social urbano que se finca en lo mínimo común. Estos esfuerzos suelen tener destino vacuo.

La vida urbana es continua oferta de retos que demandan el desempeño individual; incluso cuando se requiere de prácticas de colaboración para el logro de metas inalcanzables para una sola persona, la sobre-exigencia al rendimiento individual obstruye la percepción de las acciones de cooperación conjunta e invisibiliza su valor.

Ejemplos como éste dan fuerza a la mirada que polariza lo individual y lo colectivo suponiendo –a su vez– que la construcción de lo comunitario sólo se puede dar proporcionalmente por la reducción de lo individual. Casi nos es inexistente la posibilidad de vincular lo individual y lo colectivo como hilos de la misma trama.

Entonces ¿desde dónde pensar la comunidad en lo urbano? Acompañar a Norbert Elías (1990), cuando piensa en la relación entre individuo y sociedad, nos da otra idea de eso que suele nombrarse como *tejido social*.

Considerados a un nivel más profundo, los individuos y la sociedad que éstos conforman carecen de toda finalidad, de todo sentido. Los unos no existen sin la otra. Simplemente están allí, el individuo en una sociedad formada por otros individuos, la sociedad siendo una sociedad de individuos –tan carentes de sentido como las estrellas que forman un

sistema solar o como los sistemas solares agrupados en una galaxia. Y esta existencia de los individuos en la sociedad, esta existencia sin sentido, es el tejido sobre el que los seres humanos bordan las cambiantes figuras de su sentido, de su fin. Los seres humanos se otorgan fines según lo requieran las circunstancias, y no existen más fines que los que ellos mismos se otorgan (Elías, 1990: 24)

En esta perspectiva, el tejido social no es un tela que pueda remendarse porque esté rota; el tejido social se crea y se re-crea en la continua producción de sentidos y ahí donde imaginamos que el tejido social está descompuesto y hay que repararlo, habría que preguntarnos por la ausencia de los sentidos que propician la vinculación entre individuos y por la presencia de sentidos que impulsan el desencuentro. Y aquí vale una importante advertencia: estos sentidos –para el vínculo o el desencuentro– no pueden ser preestablecidos por instancias externas al grupo social; el proceso de creación, destrucción y transformación es propio del grupo que se rige por tales sentidos. En este contexto, las acciones culturales –desde la promoción y la gestión– sólo operan como agentes externos que pueden contribuir a la generación de sentidos pero no los pueden determinar.

Puesto así, la idea de comunidad ha de responder a la singularidad de la ciudad y generar sus propias trayectorias de sentido de lo comunitario vinculado a las formas de vida urbana. No obstante, este señalamiento es inútil si se persiste en imaginar a la ciudad como una inmensa comunidad... no hay tal, no existe esa posibilidad. Ya Richard Sennett (2011: 361) ha planteado que “la creencia en una comunidad a pequeña escala se ha vuelto un ideal cada vez más poderoso” y que en la actualidad el urbanista percibe a la comunidad como actor que va en contra de la ciudad.

En efecto, desde la definición y ejecución de los planes de desarrollo urbano que responden a intereses económicos en detrimento de los intereses sociales, los grupos que, como comunidad a pequeña escala, se defienden de afectaciones – reales y potenciales– pueden ser considerados como enemigos de la ciudad.

Como contraparte, las acciones de estos mismos grupos oscilan entre la defensa contra afectaciones particulares –en las que la ciudad se pierde de vista porque el interés está puesto en lo más próximo– y la defensa de los espacios públicos a favor de las comunidades circundantes con una mirada amplia sobre la ciudad y su futuro próximo.

Si, en forma genérica, esto es lo que podemos decir del tejido social urbano y las comunidades que conforma ¿cuál es el hacer de la gestión y la promoción cultural? La respuesta a esta pregunta depende en gran medida de la concepción que se tenga sobre la cultura; por mi parte, en este momento, concibo a las prácticas culturales como tareas con carácter político, entendiendo por *lo político*,

(...) lo que se refiere al poder explícito en toda sociedad, hay que decir que la política –no confundir con las intrigas de palacio o con la buena gestión del poder instituido, que existe en todas partes– concierne a la institución explícita global de la sociedad, y las decisiones concernientes a su futuro. (Castoriadis, 1997: 199)

Existen diversas formas del ejercicio de lo político entendido como la deliberación colectiva sobre los asuntos de todos y, para ello, hay múltiples muestras de estrategias y formas de participación ciudadana. Pero no nos ocuparemos de ello, pues lo que aquí nos concierne es la relación entre cultura, ciudad, comunidad y –ahora incluimos– lo político.

### ***Fuerza y diferencia: las prácticas culturales.***

Por ahora, las prácticas de promoción y gestión cultural han sido puestas en el ámbito de lo urbano y con un carácter político; con ello, nos colocamos completamente en la dimensión del *espacio público* y esto no es poca cosa.

La ciudad no es definida por sus edificaciones, por sus vías de comunicación o por la tecnología; si algo hace a la ciudad –y nadie duda de ello– es el espacio público; por ello, no es extraño encontrar en la literatura especializada que se diga que la ciudad es espacio público. Lo que sí es motivo de debate es cómo se

concibe al espacio público y los sentidos que se atribuyen a lo colectivo; en tanto que, en términos de la observancia cotidiana, es notoria la disputa por el espacio público y los conflictos que genera en distintos órdenes (económico, educativo, salud, etcétera) y escalas.

Discutir lo público en el México de hoy parece colocarnos en un escenario que tiene algo de la mítica Torre de Babel. Porque ese espacio de lo público que tendríamos que fortalecer, o cuyo declive lamentamos, o cuya densidad analizamos, se piensa y se dice de maneras diferentes. El problema es, en parte, conceptual, pero no se zanja con definiciones operativas. Discutir lo público, pensado como una dimensión de la vida colectiva, como uno o varios espacios de acción y de sentido, o como una orientación que debe guiar una propuesta de reforma que afecte al colectivo, moviliza diferentes visiones del mundo y, sobre todo, diferentes maneras de pensar esa esfera de valor más o menos significativa (según biografías y épocas) que llamamos *política*. (Rabotnikof, 2008: 25)

La definición del espacio público como lo que *hace* a la ciudad nos obliga a reconocerlo como un campo vital de fuerzas que se conjugan, se contraponen, se complementan o se anulan mutuamente en el marco de un dinamismo incontrolable<sup>1</sup> que, en muchas ocasiones, llega a ser incomprensible. En esta idea, el espacio es más que la dimensión mensurable de la ciudad que se caracterice por ser de acceso libre y que no sea vía exclusiva de tránsito vehicular. Ante todo, el espacio público es continente de manifestación de la vida colectiva que no es lo mismo que la vida comunitaria, aunque en el espacio público se puedan encontrar ambas.<sup>2</sup>

Tanto como en su calidad mensurable como en un su carácter simbólico, el espacio público está en crisis. Al menos, esos han sido los señalamientos de los últimos lustros a partir del análisis de la carencia de espacios, del grave deterioro

---

<sup>1</sup> Utilizo el término incontrolable para referirme a los procesos relacionales que se desencadenan a voluntad o de manera involuntaria. Muy pocas veces estos procesos provocan situaciones que deban controlarse por agentes externos (como la fuerza pública) para evitar daños pero no es este el sentido que yo empleo.

<sup>2</sup> La vida colectiva se desarrolla a partir de conjuntos de personas que interactúan entre sí y con otros conjuntos. La vida comunitaria tiene como fundamento de su existencia la conformación de lo común.

socioambiental, las disputas que hay sobre ellos, el orden-desorden con los que se configuran y rigen (Duhau y Giglia, 2008), así como la escasa participación social y ciudadana.

¿Por qué habría que relacionar a la cultura con el espacio público? No sólo porque el espacio público es constitutivo de la ciudad y representa el principal ámbito de acción de los promotores y los gestores culturales. También porque el espacio público suele ser de poco interés para los gobernantes y políticos, salvo cuando va de por medio el desarrollo de proyectos de envergadura económica para la ciudad –ahora en manos de intereses particulares – que generan confrontación con la sociedad civil. En general, quienes gobiernan la ciudad suelen centrarse en temas como la inseguridad, la congestión vial y el ambulante, como si se trataran de problemas no vinculados a la cuestión de los espacios públicos (Duhau y Giglia, 2008).

En este punto, para seguir pensando en las relaciones entre cultura y espacio público requerimos del acercamiento a lo territorial. Hablar de territorio no es hablar del terreno susceptible de ser medido; el territorio “es una significación y por ello, para asirlo lo nombramos como calle, avenida, parcela, huerta, potrero, edificio, pueblo, ciudad, casa, parque, plaza, entre otras formas.” (Nates, 2011: 210)

El territorio como construcción simbólica implica fuerzas que se ponen en juego; la idea de territorio no puede desvincularse del reconocimiento del poder y los múltiples ejercicios que de él se expresan en sus difusos contornos. Pensar el espacio público como territorio proporciona carácter a lo que –desde distintas experiencias, como la inseguridad– podríamos visualizar como una especie de “vaciamiento” del espacio público debido a la ausencia de alguien que lo ocupe y se apropie simbólicamente de él.



Construir una mirada sobre el territorio<sup>3</sup> conlleva el reconocimiento de la fuerza, potencialidad y alcance de los proyectos culturales, así como la exploración sobre las diferencias entre los grupos de la localidad, las prácticas que les son propias y las posibilidades para generar alianzas. En este sentido, las prácticas culturales no sólo se pueden posicionar como una de las fuerzas con presencia en el territorio sino que pueden contribuir enormemente a la recuperación del espacio público. Sin embargo, no es tan simple.

La dinámica de transformación en las grandes ciudades rebasa las posibilidades de una gran parte de sus habitantes. No podemos desconocer que los cambios en el territorio urbano responden a la lógica del capital e, incluso que la mayoría de las acciones de los habitantes de las urbes se alinean con esta lógica, la nutren y la sostienen.

Estas transformaciones han generado desplazamientos de la población produciendo un fenómeno denominado desterritorialización que se refiere a la destrucción o abandono de los territorios. En franco disenso con esta forma de definir los movimientos en los territorios, Haesbaert (2013) explica que la desterritorialización no sólo remite a los procesos de destrucción o abandono del territorio, también refiere a la precarización territorial de los grupos subalternos y que aquello que los grupos hegemónicos denominan desterritorialización en realidad es la vivencia de la multiterritorialidad.

El territorio está vinculado *siempre* con el poder y con el control de procesos sociales mediante el control del espacio. La desterritorialización *nunca puede disociarse de la reterritorialización*, y puede tener tanto un sentido positivo cuanto negativo. Entendida como fragilización o pérdida de control territorial, ella tiene sentido negativo más estricto –como precarización social–; pero el término puede tener también en sentido potencialmente positivo, porque en su acepción más general, la desterritorialización significa que todo proceso y toda relación social implican siempre simultáneamente una destrucción y una reconstrucción

---

<sup>3</sup> Como parte de la investigación se han realizado ejercicios de mapeo con los colectivos que forman la Red Cultural Oriente.

territorial. Por lo tanto, para construir un nuevo territorio hay que salir del territorio en que se está, o construir allí mismo otro distinto. (Haesbaert, 2013: 13)

La perspectiva de Haesbaert ofrece posibilidades a las prácticas culturales como tareas con carácter político; estos planteamientos sobre el territorio permiten delinear acciones desde la diferencia y no sólo aquellas diferencias que podemos reconocer con mayor facilidad y que, por comunes, tendemos a ignorarlas.

La reterritorialización –que puede producirse en el mismo espacio o en otro– implica el movimiento del diferenciar. Diferenciar los espacios y las acciones para la re-apropiación; diferenciar las condiciones de aquellos que re-vitalizarán el territorio; diferenciar la potencialidad de los proyectos culturales y, desde ahí, distinguir el papel de los promotores y los gestores culturales para con eso que se suele llamar *tejido social*.

Queda por pensar cuáles son las características que han de contemplar los proyectos culturales que atiendan a estas observaciones sobre la ciudad, la comunidad, la política y el territorio. Proyectos culturales que tengan claro que la creación o re-creación de sentidos comunitarios nada tiene que ver con ideas como la homogeneización o la uniformidad. Los sentidos comunitarios se crean desde el reconocimiento de la diferencia porque sólo desde ahí se puede identificar y construir lo común.

Menudo encargo les dejo a los lectores y escuchas de este trabajo; definir actividades culturales en el sentido que aquí he planteado requiere de mucho acercamiento a la población destinataria, de estudio y de mucha reflexión sobre los propósitos de la promoción y la gestión cultural en las ciudades. Por lo pronto, lo único que les puedo asegurar es que la reconstitución del tejido social nunca se logrará con actividades destinadas a multitudes anónimas, que sólo ocupan un espacio físico en actos públicos que congregan efímeramente a cierta cantidad de

personas y que no generarán ningún tipo de vínculo en las dos o tres horas que permanezcan ahí.

## Referencias.

- Barthes, R. (2003). *Cómo vivir juntos: Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Cd. de México, México: UAM-A, Siglo XXI
- Elías, N. (1990) *La sociedad de los individuos*. Barcelona, España: Península.
- Esposito, R. (2003). *Comunitas: Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Haesbaert, R. (2013) Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y representaciones sociales*, 8 (15), 9-42
- Nates, B. (2011) Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio. *Revista Co-herencia*, 8 (14), 209-229
- Rabotnikof, N. (2008) Discutiendo lo público en México. En M. Merino (coord.) *¿Qué tan público es el espacio público en México?* (pp. 25-56). Veracruz, México: CFE, CONACULTA, Universidad Veracruzana
- Sennett, R. (2011) *El declive del hombre público*. Barcelona, España: Anagrama.
- UNFPA (2007). *Estado de la población mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbano*. Recuperado de [https://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/swp2007\\_spa.pdf](https://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/swp2007_spa.pdf)
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology*, XLIV (1), 1-24. Recuperado de [www.jstor.org/stable/2768119](http://www.jstor.org/stable/2768119)

